

sumario

Al ofrecer algunas sugerencias para la Pastoral Juvenil en la situación actual, se busca orientar la educación para una experiencia de fe madura y responsable; aparecen algunas dificultades como el pluralismo cultural, la convivencia de la relación entre marcos de diferencias culturales y estructurales y la globalización de los fenómenos. Se destaca el papel del educador religioso para hacer propuestas y ayudar a vivir a quienes creen y sirven a la vida.

**Procesos de
Pastoral Juvenil
en la situación
actual**

Riccardo Tonelli, pbro.

medellín

1. Objetivo de la propuesta

Tengo la intención de ofrecer algunas sugerencias acerca de posibles recorridos de Pastoral Juvenil en la situación actual. Pienso, en otras palabras, en las etapas graduales y progresivas y en las intervenciones que las comunidades eclesiales y los agentes de pastoral están llamados a realizar en el educar a los jóvenes para una experiencia de fe madura y responsable.

En el título utilizo otra palabra: proceso. La expresión es muy valiosa porque nos recuerda que también en el ámbito de la educación en la fe los itinerarios ("recorridos") se proyectan respetando las leyes típicas de toda buena programación educativa. Por esto se indican, con una cierta aproximación, el punto de partida y el de destinación. Sin esta decisión, el itinerario es apenas una aventura arriesgada e inconclusa.

De esta conciencia nace el doble objetivo de mi contribución:

- * Intento indicar antes que nada cuales son los problemas que provocan mi reflexión y por qué razones los considero problemas reales que han de ser afrontados y resueltos con todos los recursos disponibles.
- * Sugiero después en éxito óptima del proceso, imaginando una figura ideal hacia la cual tender, como solución posible de los problemas individuados.

Los objetivos declarados parecen lanzar la reflexión sobre horizontes muy ampliados y comprometedores. Para pedir al lector una sincera disponibilidad crítica, las primeras frases de mi propuesta están dedicadas obligatoriamente a aclarar el sentido y el límite de la misma.

1.1. Enfrentando Graves Dificultades

Es fácil estar de acuerdo acerca de la necesidad de aclarar el problema que tenemos: la intención de enfrentar en el proyecto de pastoral juvenil, y tampoco es muy complicado imaginar un objetivo general hacia el cual orientar la organización de los recursos. Las dificultades surgen cuando se busca pasar de las exigencias a las formulaciones concretas.

Algunas dificultades, están ligadas al tiempo que vivimos. Otras dependen de la necesidad de declarar esto estando atento al contexto cultural y social.

Estamos en un período de amplio e insistente pluralismo cultural y, en lo que nos afecta, también teológico. El pluralismo penetra la sustancia de las cosas, tal vez por primera vez en la historia de la experiencia creyente. En un tiempo, de hecho, las diversidades prevalecieron sobre las formas: en últimas se decía, con expresiones diferentes, las mismas cosas. Hoy, en cambio, a menudo utilizados por ejemplo, al significado atribuido en los distintos modelos pastorales a la expresión "educar los jóvenes para que lleguen a ser cristianos adultos".

La segunda dificultad se refiere a la conciencia que hoy se tiene de la relación estrecha que existe entre marcos de referencia culturales y estructurales. Los primeros se refieren a los significados de la existencia y la orientación de los valores en los cuales buscamos expresarla. Los segundos tratan sobre la gestión del poder y de los instrumentos que la influyen. Sobre los marcos de referencia estructurales somos fichas a veces impotentes. De aquí surge un interrogante inquietante: ¿En los procesos de Pastoral Juvenil nos medimos con la dimensión estructural de los problemas o preferimos ignorarla para no quedarnos abrumados? ¿Podemos imaginar algo eficaz que no tenga impacto en realidades ingobernables?

La tercera dificultad es la más evidente y tal vez menos gobernable. Es innegable la constatación de que vivimos en un mundo en el cual todos los fenómenos están globalizados... y aquellos que se refieren a la vida de los jóvenes lo son de una manera muy particular. Habiendo diferencias tan notables, a menudo las expre-

siones dominantes de un lugar llegan a ser causas desencadenadores de aquellos que se presentan en otro.

He aquí mi dificultad: ¿una persona que vive y piensa en Italia puede decir algo serio acerca de procesos que comprometen la pastoral juvenil a los amigos que viven en la trama tan compleja de América Latina? No es fácil responder afirmativamente y no basta haber estudiado un poco la literatura del lugar... Hay un riesgo de quedarnos en generalidades, cosa inútil y peligrosa, o de intentar operaciones imbuidas de exportación cultural.

1.2. Significado y Límite de mi Contribución

El elenco de las dificultades podría invitarnos a concluir que el silencio es la única solución posible. En vez de eso he aceptado con alegría la invitación a compartir algunas reflexiones mías. No es una elección poco coherente con las premisas. Declaro en cambio las condiciones que las pueden hacer útiles. En esto preciso el límite y el significado de mi aporte.

Hemos aprendido a compartir vivencias y compromisos a través de un método comunicativo e interesante: la narración de experiencias.

Quien narra su experiencia no lo hace para pedir a otros que la repitan. Pone en común un trozo de vida vivida, sin siquiera preocuparse mucho por distinguir entre realidad y sueño para pedir a su interlocutor que repiense su propia historia a partir de las provocaciones que surgen de la narración.

Elegí sugerir algunas reflexiones sobre el tema que se me propuso, narrando algo de la vivencia mía y de los amigos que en estos períodos han experimentado conmigo la misma pasión y las mismas líneas de acción. Para solicitar la capacidad crítica del interlocutor me preocuparé sobre todo por indicar los procedimientos lógicos que han orientado mis elecciones, para mostrar las razones de las mismas elecciones y los éxitos posibles. Acerca de estos datos puede venir la confrontación. Lo demás es sólo el canal comunicativo que nos ayude a conservar el contacto y el encuentro.

2. El problema de la pastoral juvenil actual

Comienzo por la cuestión de fondo: ¿con cuál problema estamos llamados a enfrentarnos en el tentativo por elaborar procesos de pastoral juvenil hoy? La pregunta es importante porque se trata de individuar el problema, aquel verdadero y serio. Algunas veces desgraciadamente los problemas que nos oprimen son falsos problemas. Pueden ser falsos por diferentes razones: porque los inventamos nosotros, tal vez por su exceso de celo; o porque representan algo sin raíces sólidas; o porque pertenecen a un reducido grupo de gente tan cogida por sus propios problemas que no se da cuenta de aquellos tan graves que atraviesan la existencia de los más.

En mi respuesta se entrelazan dos sugerencias:

- * La primera se inclina hacia las preocupaciones que inquietan hoy a quien hace pastoral en el contacto de Europa occidental fuertemente marcada por procesos culturales y las estructuras que están produciendo desgracias peligrosas en orden a la cualidad de la vida. Ciertamente esta indicación tiene un valor muy relativo para los amigos que, en cambio diariamente tienen que vérselas con problemas que se refieren a la posibilidad (a menudo hasta física) de una vida verdaderamente humana.
- * La segunda recuerda una exigencia con la cual hoy todo proyecto de pastoral está obligado a medirse por la autenticidad y veracidad del anuncio evangélico: la vida y las dificultades que la cruzan. Esta preocupación tiene una resonancia que va mucho más allá del contexto cultural y social porque se incluye en la misma naturaleza de la pastoral. También esta sugerencia es... casi inútil recordarla a los amigos que la han dado a muchas comunidades eclesiales a menudo con la fuerza elocuente de sus sufrimientos y de sus experiencias vividas.

Aplicando la segunda sugerencia, puedo decir algo sobre la primera con la única pretensión de compartir algo que nos está comprometiendo seriamente. No solamente puede resultar agradable

conocer la trama de los problemas en los que alguien se debate; la información puede resultar también útil para anticipar algo que desagraciadamente está permeando todos los ambientes como una nube tóxica empujada por el viento de un consumismo exagerado.

2.1. El problema: la "Calidad de Vida"

Los problemas verdaderos son los que se refieren a la vida y la esperanza de todos. Continuar la experiencia de Jesús y de sus discípulos significa, concretamente, anunciar el Evangelio dentro de estos problemas, con la preocupación de que este anuncio el Evangelio dentro de estos problemas, con la preocupación de que este anuncio resuene verdaderamente como "Bella Noticia". No creo que sea posible imaginar otras perspectivas o inventarnos otras preocupaciones. Aquello de la vida y de la esperanza es tan inquietante y urgente que tendremos derecho de preocuparnos de otras cuestiones solamente de haber enfrentado y resuelto esto.

Colocar en el centro de la reflexión y de la praxis pastoral la vida y la esperanza como un gran problema exige estar atentos a la vida concreta y cotidiana, fijándonos en la calidad (para ordenar el nudo de proyectos que se conjugan en un período de pluralismo) y en el fundamento (para devolver la esperanza a quien la busca en medio de la inquietud por la cotidiana experiencia del dolor, la limitación, la injusticia y la muerte).

En este punto la búsqueda debe precisarse: individualizar, en términos adecuados que está amenazando la vida de las personas concretas a quienes queremos ofrecer la buena noticia de la muerte y resurrección de Jesús. Solamente después de compartir una respuesta adecuada a estos interrogantes es posible imaginar líneas de acción. Por esto la confrontación con el contexto cultural llega a ser determinante. La vida y su sentido jamás están amenazadas por indicadores abstractos o genéricos sino por aquello que se atraviesa y choca con las personas en el segmento espacio temporal en el cual viven. Cuando buscamos las causas y los influjos de esta concreta situación de muerte nuestra mirada se amplía más allá de los confines de nuestro ambiente. Esto es un punto de referencia necesario.

De este dato estoy profundamente convencido. Por esto me resisto ante cualquier tentativa de generalizar. Puedo proceder en esta reflexión solamente desde la perspectiva que recordé al comienzo, subrayando el límite y el significado de mi reflexión: estas páginas son la narración de la experiencia vivida con muchos amigos comprometidos en el contexto cultural y social en el cual vivo. La propuesta tiene sentido sólo como ejemplo de procedimiento teológico-pastoral ordenado a la pastoral juvenil.

2.2 La Cuestión de Fondo: ¿Quién es Dios y Quién es el Hombre?

Refiriéndome al contexto cultural y social en que vivo y trabajo, estoy convencido de que a madurez y autenticidad de la experiencia religiosa y, en consecuencia, de aquella cristiana, están hoy amenazadas por el modo como se comprende y experimenta la vida. Por esto, la educación a la fe corre paralela al compromiso personal y colectivo por crecer en humanidad.

La difusa crisis de sentido y de la cualidad de vida es inédita y violenta no tanto porque ha sido puesta en discusión la respuesta tradicional. Lo es porque ha sido debatida la manera cómo ésta respuesta era encontrada y ofrecida.

El hombre pensador y religioso ha edificado su respuesta a las preguntas acerca del sentido de la existencia. Sabía que debía continuar la búsqueda porque las respuestas dadas seguían siendo un poco provisionales e inciertas. Sin embargo la falta de certeza estaba apoyada en certezas más sólidas.

En el pasado era bello buscar así. Podríamos partir tranquilamente de las cosas ciertas y llegar, progresivamente, a formular indicaciones fuertes y precisas en el plano de lo concreto y cotidiano. Hasta el misterio del dolor a la muerte... de esta manera resulta claro y decible.

Esta seguridad acerca del sentido de la existencia y sobre las perspectivas del futuro parece desvanecida de improviso. La responsabilidad no la tienen las intuiciones de un espíritu demasiado liberal o en la difusión incontrolada de alguna publicación que no

lograron ya poner en el Índice de libros prohibidos. Nace, en cambio de procesos que tienen en sus espaldas las leyes del mercado, de la economía, de la comunicación de las masas.

Basta pensar en la revolución antropológica desencadenada por la amplia difusión de bienes de consumo.

Durante mucho tiempo vivimos marcados por la distinción entre productos funcionales y significados existenciales. Elegir entre un producto u otro, dependía de la funcionalidad: para cada necesidad había un producto capaz de satisfacerla en una proporción directa. Hoy las cosas no son así. Cuando los productos disponibles son muchos y bastante homogéneos la competencia está obligada a recorrer otros caminos.

La funcionalidad entonces deja el puesto a la significatividad. En el centro está el problema sobre el sentido de la existencia. Se presentan las preguntas de siempre: ¿Quién soy yo? ¿Cómo podrán descubrir los otros que yo también existo y soy importante? La respuesta que respiramos cotidianamente esta lista y segura: las cosas poseídas y deseadas le dicen al hombre quien es, dan a los otros la medida de su importancia, sugieren las condiciones para llegar a ser hombres y mujeres auténticos.

En muchos casos la referencia a Dios no es necesaria porque tenemos la presunción de poseer nosotros mismos los remedios a los males que nos sobrevienen. Como máximo recurrimos a Dios cuando el mecanismo de la felicidad se comprende de manera irremediable y nos hallamos oprimidos por el límite impredecible del dolor y de la muerte.

2.3. La Reincidencia sobre los Jóvenes

La reincidencia hacia los jóvenes de esta situación compleja y persuasiva, desencadena salidas diversas y variadas. Una especie de dato común es la percepción, no siempre reflexionada, de vivir en un exceso de propuestas y de proyectos que desencadena un estado de orfandad acerca del sentido de la vida y sobre la esperanza.

Concretamente la situación de los jóvenes, al menos en la situación a que me refiero está de hecho recortada en expresiones y manifestaciones muy diversas, siendo también fácil reconocer la presencia de algunas dimensiones comunes que forman casi el tejido original, típico del ser jóvenes en este nuestro tiempo. Esto se constata sobre todo si se pasa de una lectura superficial, atenta sólo a las manifestaciones externas, a una interpretación mas auténtica y profunda.

Muchos jóvenes, comprometidos y generosos, han sido capaces de repensar su propia experiencia de fe en un diálogo atento y crítico con la cultura y ya han formulando un modelo de existencia en el espíritu fiel al Evangelio y críticamente inserto en el hoy. En esta operación compleja han sido ampliamente favorecidos por su pertenencia a grupos y movimientos de fuerte resonancia eclesial. Una innegable función de atención y consolidación de la experiencia cristiana ha sido ejercida por la participación en experiencias eclesiales de gran capacidad agregante.

Existen también jóvenes, violentamente críticos respecto a los modelos culturales dominantes, en nombre de una fidelidad al Evangelio que los arrastra a ser reactivos casi por principio.

Sin embargo la posición más difundida parece ser aquella de los jóvenes cristianos, que viven felizmente la experiencia evangélica en el interior de la comunidad eclesial pero que la expresan abundantemente con los rasgos típicos de la cultura actual. Son cristianos del hoy marcados por los riesgos más inquietantes del tiempo presente (pérdida del sentido del límite e incapacidad para vivir situaciones de necesidad; vaciamiento de significado existencial en la confrontación con las experiencias fundamentales de la tradición educativa: sentido del sacrificio, solidaridad, interioridad, silencio...; pérdida de la memoria histórica por la tendencia a resolver la relación entre el pasado, presente y futuro únicamente hacia el presente; crisis de la dimensión trascendente de la existencia.

No faltan aquellos que rechazan decididamente cualquier confrontación con al experiencia cristiana porque la ven como lejana e insignificante respecto a aquel estilo de existencia que para ellos

es hoy irrenunciable. En el fondo no dice nada a su deseo de vida y la busca apasionada de felicidad.

Esta radiografía me lleva hacia dos conclusiones que dan significado a las páginas que siguen:

- * El problema central al cual está llamado a enfrentar la pastoral juvenil hoy se refiere a los valores y las orientaciones alrededor de las cuales definimos cotidianamente nuestra existencia. Por esto estoy convencido que el reto actual no es de naturaleza religiosa sino antropológica. Con otras palabras, la cuestión no es directamente la alternativa entre el ser o no ser religioso. Antes de esta decisión y como su posibilidad, está el enfrentarnos con el tipo de hombre y mujer que seamos y queremos (o podemos) llegar a ser.
- * El cara a cara con aquellos jóvenes que han logrado conjugar, en su experiencia, la atención a los modelos culturales dominantes, la inserción madura en ellos y la profunda experiencia cristiana, nos muestra con la fuerza de los hechos que es posible construir algo interesante y convincente y nos sugiere el proceso con el cual reorganizar los múltiples recursos de que disponen las comunidades eclesiales.

3. Líneas de intervención

Para imaginar líneas de acción, capaces de colocarse en el corazón de los problemas incidiendo profundamente en la causa, subrayo dos temas:

- * Reconstruir en los jóvenes un estilo de existencia capaz de volver a entregarnos a la alegría y a la responsabilidad de la propia vida. Esta es una típica tarea educativa que, en el ámbito de la pastoral juvenil, esta siendo vivida con una profunda disponibilidad para colaborar a todos aquellos que creen en la vida y la quieren "plena y abundante" en todos.
- * Sugerir y apoyar un modelo de vida cristiana en el cual sea posible experimentar concretamente la esperanza como

resultado de un ejercicio de la libertad que aprende a leer el presente (personas y acontecimientos) desde el futuro de Dios y como diaria anticipación en el presente de aquel futuro hacia el cual vamos en temerosa espera. Esta segunda tarea se refiere al servicio específico de la comunidad eclesial empeñada en realizar anuncio explícito y valiente del Evangelio precisamente para servir completamente a la vida y la esperanza de todos.

Es importante imaginar estas dos tareas como sucesivas en orden cronológico. La experiencia pastoral vivida en estos años ha mostrado, de manera indiscutible, los límites de una evangelización que busca sólo dar respuesta a las preguntas de las personas o que, peor aún espera el seguir de estas demandas para ofrecer un proyecto preciso de existencia. En un período de pluralismo, como el que estamos viviendo, no tiene verdaderamente sentido posponer la propuesta cristiana siendo que tantas otras propuestas nos circundan diariamente.

Educación a la madurez postal y colectiva y oferta del Evangelio de Jesús son dos momentos igualmente urgentes e intensamente relacionados- El derecho de precedencia esta establecido solo en relación con las personas concretas y las circunstancias operativas. Además, la alianza entre educación y evangelización es tan intensa y fuerte que, no solamente ninguna de las dos tareas puede olvidarse sino que sobre todo una va repensada también desde la perspectiva de la otra: la educación se deja inspirar por las exigencias evangélicas y la evangelización reformula sus movimientos respetando las lógicas educativas.

3.1. En la Raíz: un Compromiso por la Calidad de Vida

Comienzo por la primera exigencia: la educación para una calidad de vida capaz de expresar aquella riqueza de humanidad que cada uno de nosotros está llamado a realizar. Recuerdo una serie de actitudes, en una especie de largo itinerario educativo, pensando bajo la urgencia de los desafíos. Este recorre, como ya he recordado repetidas veces, prevalentemente la experiencia de vida de la cual soy testigo. Me preocupo por declararlo para no pecar de presunción y sobre todo, para dar fe de las rumbosas contribuciones

ofrecidas por muchos amigos (entre las cuales coloco, en primerísimo plano aquellos latinoamericanos).

a. Tomar la vida en serio

Considero, como una actitud preliminar para reconstruir en la existencia de los jóvenes, una cierta predisposición hacia la seriedad: la capacidad, reconocida teóricamente y realizada existencialmente, de dejarse medir por las exigencias de la existencia que dependen de la vida misma y que no son negociables. Ellas se refieren a la imagen de hombre y mujer ideales hacia los cuales nos sentimos en tensión, y las condiciones existenciales que nos permiten alcanzar y consolidar esta figura.

Muchas veces, lamentablemente, esta actitud se contraponen a las ganas de vivir y ser felices. Parece que seriedad y deseos de felicidad son considerados como perspectivas alternativas.

En los modelos educativos tradicionales, prevalecía el cuidado por la seriedad. Hoy parece todo desbalanceado hacia la vida y la felicidad en menoscabo de la seriedad. vivimos en una cultura en la cual las cosas, aun las más banales, se ofrecen como capaces de resolver todos los problemas. Alcanzar la madurez no es fruto de la lucha fatigosa de la vida, sino el resultado seguro de poseer todo aquello de que podemos disponer fácilmente.

Es importante resolver la alternativa con plenas ventajas para la vida y la felicidad descubriendo, sin embargo, la seriedad de las exigencias que nos lanza el deseo de felicidad.

Vivir la vida con seriedad significa concretamente:

- * Reconocer la existencia de una verdad que tiene derechos sobre la libertad. Esta actitud restituye la capacidad de colocarse de frente a la realidad en modo maduro: la responsabilidad, sobre todo aquella de carácter colectivo, llega a ser así la "forma" de la subjetividad.
- * Reconocer a los otros como "ustedes agradables" de la propia existencia. Con esta actitud se supera aquel estilo de vida,

difuso y persuasivo, que coloca la relación con los demás en términos de competencias y agresión: el otro es siempre un enemigo que es necesario combatir o del cual hay que defenderse o una presa por conquistar.

- * Acoger en la propia vida las preguntas y las inquietudes que los otros nos lanzan.

Con estas actitudes nos comprometemos a hacer resonar en nuestra existencia la voz sumisa de la conciencia moral y nos habilitamos para escuchar el grito del otro y de aquel que sube de la realidad (paz, ecología, respeto a la naturaleza...) como comprometedor "imperativo ético".

b. El coraje de tomar decisiones

Nuestra cultura nos empujar hacia decisiones provisionarias, hacia el cuidado exasperado por no cerrarse ninguna posibilidad. El exceso de posibilidades justifica sentido de pertenencia débiles en las cuales parecen compatibles una orientación y su contraria.

Este es un principio peligroso: la persona se recorta precisamente en el nivel de su calificación.

No me contento con elecciones coherentes con un cuadro objetivo de valores. Es muy fácil asumirlas con entusiasmo y después, en otro ambiente y bajo otro techo, jugar con el mismo entusiasmo en la dirección opuesta. La limitación no es en la coherencia; en cambio es aquella falta de decisión fuerte que parece la condición irrenunciable para poder sobrevivir.

¿Hacia qué dirección educar el coraje para tomar decisiones?

La respuesta es fácil: comprometiendo a elegir las cosas que cuentan verdaderamente. El problema es entonces de confrontarse con los valores.

Pero a este nivel las dificultades vuelven a emerger con la misma intensidad: ¿Dónde encontrar los valores por los cuales decidirse para poder alcanzar una auténtica calidad de vida?

Estoy convencido de que cualquier intento de objetivar la decisión es batalla perdida hoy. En general no es viable o lo llega a ser con unos costos educativos injustificados. La pretensión de curar el subjetivismo con una buena dosis de objetividad puede llegar a ser un remedio peor que la enfermedad. No llega a la raíz de la difusión y en cierto modo la perpetua.

Veo en cambio la posibilidad de intervenir para enfrentar a la subjetivización desenfrenada, reubicando a la persona de manera seria en su interioridad. Los recursos educativos pueden gastarse para nacer la exigencia, sostener la experiencia y proyectar la realización. Y se necesitaran muchos en una cultura que hace de todo para arrastrar hacia el exterior, también con la excusa de salvaguardar mejor la objetividad.

En un ambiente de complejidad y de pluralismo la formación exige como condición de posibilidad y autenticidad el empeño de restituir en cada persona la capacidad de comprenderse y proyectarse desde el silencio de la propia interioridad.

Interioridad es espacio íntimo y personal, en el cual todas las voces pueden resonar, pero donde cada uno se encuentra en el deber de decidir solo y pobre, privado de todas las seguridades que dan consuelo en el sufrimiento que cada dicción exige. la confrontación y el diálogo con todo son buscados como don preciso que provienen de la diversidad. La decisión y la reconstrucción de la personalidad sin embargo nacen en un espacio de soledad interior que permite, verifica y hace concreta la coherencia con las elecciones unificadoras de la propia existencia.

c. La dimensión "política" de la existencia

No podemos considerar el cuidado de la vida y de su calidad como un hecho de carácter individual y privado. Desafortunadamente no pocos jóvenes lo están viviendo así, quizá como reacción (inconcientemente) al despojo que ha caracterizado muchos modelos educativos del pasado y a la excesiva politización de estos últimos tiempos.

La dimensión personal es colocada en el interior de los procesos sociales y colectivos. Se abre a todas las personas y pide una comparación crítica y liberadora con su poder y gestión.

Por esto, la restitución de la vida y su calidad posee una innegable resonancia "política", para descubrir y afirmar, reaccionando contra las hipótesis privadas. La pasión por la vida se traduce, en consecuencia, reclutando competencia, responsabilidad y tareas colectivas.

d. La difícil recuperación de la gratitud

Otra actitud a la cual se debe reeducar, que considero irrenunciable, es el sentido de la gratitud. Ella es válida para la calidad de vida. Tiene una incidencia muy particular en orden a la experiencia cristiana.

Es urgente despejar el terreno de las lógicas "cuánto voy a ganar si...", presentes, desafortunadamente, en muchos modelos pastorales y radicados intensamente en la sensibilidad cultural actual, para encontrar la dimensión de la gratitud también en el ámbito de la experiencia religiosa.

Las falta de gratitud lleva a reconocer como importante para mi existencia sólo aquello que me asegura una ganancia. No basta desleír las lógicas mercantilistas, de esta visión, la constatación que la ganancia es devuelta "a la vida eterna".

La reconquista de la gratitud del amor lleva, en cambio, a la aventura de la esperanza: la fe se vuelve entrega de la propia existencia a un fundamento, que es sobre todo esperado, que está más allá de aquello que puede construir y experimentar. Aquel que vive, se comprende y define cotidianamente en una real experiencia de confianza, acepta la debilidad de la propia existencia como límite infranqueable de la propia humanidad.

El fundamento esperado es la vida, progresivamente comprendida en el misterio de Dios. El gesto frágil y arriesgado, de su acogida es una decisión jugada en la aventura personal orientada

toda ella a un proyecto ya dado, que supera, juzga y orienta los inciertos pasos de la existencia.

d. Más allá de aquello que se ve...

El crecimiento en humanidad lleva, en consecuencia, a constatar el límite que atraviesa inexorablemente nuestra existencia. Nos vuelve a la verdad porque mide y redimensiona cada pretensión de bastarse a sí mismo. Se abre, luego hacia una madura posibilidad de invocación. La propuesta cristiana es "buena noticia" para la vida y la esperanza porque se inserta en la búsqueda de la vida y la esperanza, la redimensiona y la coloca sobre un fundamento inesperado, don y tarea al mismo tiempo.

Todo esto exige una condición, para recuperar con urgencia en nuestra existencia: reconocer la existencia de otro mundo, hecho de eventos un poco misteriosos, cuya trama se nos escapa completamente y de la cual podemos hablar sólo en el mundo extraño del lenguaje religioso.

Esta experiencia no niega la cotidiana fatiga de comprender y pensar, utilizando de modo competente, todo aquello que la ciencia y la sabiduría del hombre han sabido producir. Nos empuja por tanto a reconocer que la misma realidad tiene dos fases: una se ve, se puede manipular, puede ser leída e interpretada a través de las categorías de nuestra ciencia y sabiduría; la otra, en cambio, se hunde en el misterio. La tarea de vivir de modo auténtico la propia existencia comporta el empeño continuo de integrar las dos dimensiones de la realidad, descifrando la una a partir de la otra.

3.2 Descubrimiento del Límite

En mi propuesta el descubrimiento del sentido del límite indica una referencia privilegiada. Esta experiencia nos lleva a la verdad del hombre: la experiencia de la pobreza, de la inquietud, de la fragilidad, del proceder incierto a traiciones y vueltas, en una palabra, la experiencia de la finitud.

El hombre que quiere poseer la propia vida es colocado frente a una alternativa radical. Puede hacerse voluntad de sí mismo,

336

empeñándose en una voluntad de potencia, de autoafirmación, en una pretensión de autosuficiencia. O bien puede descubrir que la razón decisiva de la propia existencia y el fundamento de la propia felicidad no es otra que invocar y acoger. Quien sabe vivir así la experiencia de la finitud, como verdad de sí mismo, sufrida y descubierta que eleva al Señor el grito de su vida, encuentra la alegría de vivir y la libertad de esperar.

Para Educar a vivir en la experiencia descubierta del propio límite existencial, sugiero dos caminos. El primero recorre el camino más inquietante: aquel de la muerte como provocación de la vida. El segundo empuja a descubrir el límite como autenticidad y grandeza de la persona, en la experiencia del amor incondicional y en la provocante presencia del otro que interpela en su situación de necesidad.

a. La confrontación con la muerte parte de la vida

Ante todo, una exigencia que ha recorrido nuestra tradición educativa, cambiando por tanto radicalmente el punto de perspectiva: la confrontación inquietante con la muerte. Lo considero uno de los nudos de la educación a la experiencia religiosa y cristiana, de modo especial.

La muerte provoca la vida cotidiana y coloca bajo control su sentido y su calidad. Por esto, frente a la muerte no es suficiente la elección de quien prefiere no plantearse el problema. Ni basta buscar la resignación en la aventura temeraria. Es necesaria, en cambio, asegurar una confrontación sincera y disponible, solicitando en ella también quien se encuentra distraído o quien consiguió transformar el combate en un juego de alto riesgo.

¿Qué tipo de confrontación?

La tradición educativa y religiosa ha llamado frecuentemente a la muerte para controlar mejor la vida, reconoce su sentido y su éxito, funda su dimensión creatural y religiosa. Lo hacía sobre todo inspirando miedo.

337

Estoy convencido de la necesidad de reafirmar esta experiencia. me pregunto sin embargo si la perspectiva tradicional sea la más correcta, con respecto al evento (el conflicto entre muerte y vida) y con respecto a la preocupación educativa (solicitar la confrontación con la muerte).

No podemos preguntarnos si la muerte tiene un sentido. Colocada así, la pregunta no tiene respuesta. Queda solo a la dispersión.

La muerte de hecho no tiene ningún sentido. Es sólo una gran desesperación vencida. Todas las posibles respuestas son siempre abstractas, teóricas o muy técnicas. Pueden explicarnos la descomposición progresiva e incontrolable de nuestro cuerpo o pueden colocarnos en un horizonte donde los discursos son vagos e incontrolables como muchos discursos religiosos.

La cuestión es otra, radicalmente distinta. Mira a la vida y a su sentido. ¿Qué es la vida? ¿Cuál experiencia de vida es auténtica, plena y radicalmente "mía", digna de ser acogida, vivida, amada y ofrecida?

La muerte obliga al realismo: la pregunta sobre la vida "parte de la muerte" incrustada sobre una plataforma de verdad de la cual no puede huir. La pregunta sobre la vida pasa a través de la respuesta que buscamos expresar con la provocación de la muerte.

Ciertamente existen muchos "límites" en la vida de cada hombre. Frecuentemente dependen de causas anotadas y controlables también, sino fácilmente superables. Otros, como el dolor y el sufrimiento, dependen de la estructura física de nuestra existencia. Contra los primeros aprendemos a rebelarnos, eliminando sus raíces, dentro o fuera de nosotros. Con los segundos nos habituamos a convivir, por amor a la verdad.

Hay sin embargo una situación límite, que a todos se nos da y atraviesa inexorablemente nuestra existencia: la muerte nos amenaza porque estamos vivos. No nos sentimos tristes de esta condena. la experiencia más bella, ésta de estar vivos, se lleva dentro como una huella indeleble del límite que la atraviesa.

La muerte nos restituye la calidad y la autenticidad de nuestra vida. Ella no es un incidente recorrido, del cual podemos evitar la confrontación, como si fuese estáticamente irrelevante con respecto al problema central. Sobre el límite de la finitud, el hombre es "distinto" de las cosas y de los otros seres vivientes. Entra en el mundo fascinante y misterioso de una vida irrepetible.

b. El camino del amor

La confrontación con la muerte (aquella última y conclusiva, y aquella cotidiana y difusa, la cual llama cotidianamente la experiencia del dolor y del sufrimiento) representa una experiencia privilegiada para restituir a cada persona a aquella conciencia refleja del propio límite existencial que se abre a la invocación.

No es sin embargo el único recorrido. Es importante recorrer también el camino del positivismo, descubriendo la dimensión de imprevisible riqueza de la cual muchas experiencias cotidianas están llenas. Pienso, por ejemplo, en el amor gratuito que se hace servicio, en la disponibilidad sostenida, por una presencia silenciosa y acogedora, el dolor y el sufrimiento, hasta rescatar su significado para la vida de todos, en la pasión por la vida y la libertad, que conduce a sacrificar la propia existencia como don por la de todos.

Estas experiencias tienen en sí una vivacidad humana rica e imprevista, que se vuelve un signo educador de una razón última y misteriosa de la existencia. Nos ofrece un modo de ser hombres y mujeres que va más hacia algo que nos supera y nos ha sido dado, que a nuestra responsabilidad y autonomía.

La experiencia de la muerte y de la vida no son dos experiencias alternativas. Sólo juntas en la misma trama de la cual es tejida nuestra existencia, llevan en un modo auténtico, a aquel límite existencial que es nuestra verdad y de la cual sale el grito hacia el otro-de-nosotros que reconocemos, hasta el Otro absoluto.

3.3. Redescubrir la Calidad de Vida Cristiana

Lo he ya recordado: la relación entre educación y evangelización es muy estrecha. De una parte, la calidad de la propuesta incide

fuertemente sobre la madurez de la pregunta misma. ¿Cuál proyecto de existencia cristiana puede resonar todavía como "buena noticia" también para los jóvenes, en esta estación cultural?

No puedo, ciertamente, en este contexto afrontar el tema con toda la amplitud necesaria. Haré un esfuerzo deshonesto e inútil. Pensando, una vez más, en la experiencia que estoy haciendo continua referencia, sugiero dos rasgos que estimo generadores del resto de la propuesta.

a. Una vida, el éxodo hacia el otro

Todo el Evangelio nos habla de la pregunta que Jesús dirige a sus amigos: el coraje de dar toda la existencia por lo otros, volviéndose personas capaces de acoger el grito que sale de sus vidas. Una página que merece ser recordada de modo especial porque resume todo: Lucas 10, 25-37.

¿Qué he de hacer para tener la vida eterna? Pregunta el doctor de la ley con una expresión que en la Escritura hebrea indica la "cosa" que cuenta más: la verdad de la propia existencia según el proyecto de Dios. Jesús acoge la pregunta y responde, enviando a las dos condiciones fundamentales sugeridas por la ley: el amor a Dios y al prójimo.

Con esto todo parecía resuelto. Aquí en cambio se desencadena la novedad del Evangelio. El doctor de la ley retoma la conversación sobre el tema en el cual reconoce haber tenido dudas: ¿Quién es mi prójimo?

Jesús responde, devolviendo las posiciones. No se trata de hacer una lista de "quien" es mi prójimo y quien no lo es, definiendo la situación objetiva de partida. La cuestión no mira a los otros, sino la actitud personal en las confrontaciones de cualquier persona. Jesús pide de hecho "hacerse prójimo". Transforma la situación física de cercanía o alejamiento, en una vocación, que interpela la libertad y la responsabilidad personal.

La invitación de Jesús es muy empeñativa. El otro está frecuentemente sin voz: no tiene ni la fuerza para pedir ayuda. Por tanto, en

su situación, él es siempre un fuerte imperativo para cada persona. Jesús le da voz, invitando a acoger el grito silencioso de quien sufre y tiene necesidad de ayuda.

La parábola nos recuerda por esto que construimos nuestra existencia sólo si aceptamos "salir" de nosotros mismos, descentralizándonos hacia el otro. La existencia en la concepción evangélica, es luego, un éxodo hacia la alteridad y una superación de cada cierre en el cerco estrecho de cada egoísmo personal, de grupo y de naciones. Existimos por amor y estamos empeñados a construir la vida a través de gestos de amor.

Jesús no se contentó con revelarnos el sentido de nuestra vida y la dirección a la cual debemos orientarnos para vivirla de manera seria y auténtica. En sus palabras y, sobre todo, en su enseñanza concreta de la vida, ha colocado delante de nosotros la referencia normativa de cada vocación cristiana: el reino de Dios. Aquellos que hemos descubierto para la Iglesia, mira directamente a cada cristiano.

Jesús es el hombre del Reino de Dios, porque ha hecho de la causa por la vida "plena y abundante" para todos (Jn 10, 10) la "perla preciosa" por conquistar para la cual necesita estar dispuestos a vender todo lo demás (Mt 13, 45-46).

Reino de Dios, es reconocimiento de la soberanía de Dios sobre cada hombre y sobre toda la historia, hasta confesar que sólo en Dios es posible poseer vida y felicidad. Este Dios, del cual proclamamos el señorío absoluto, es todo para el hombre. El quiere un futuro significativo para el hombre. Hace de la vida y la felicidad del hombre la razón y la expresión de su "gloria".

El hombre lo reconoce Señor cuando se empeña en promover la vida y la esperanza.

El Dios de Jesús es un Dios del cual nos podemos fiar. Lo atestiguan las cosas maravillosas cumplidas por su pueblo y sobre todo aquellas operadas en Jesús.

Donde aparece Él, el Hombre del Reino, desaparece la angustia, el miedo de vivir y de morir; vuelve la libertad y la alegría, en el hombre de Dios.

La última palabra convincente sobre el Reino de Dios Jesús la ha pronunciado sobre la cruz, cuando ha confiado a Dios su existencia.

Entregado a la muerte, para que todos tengamos la vida, Jesús ha reencontrado la vida y la esperanza por nosotros. El Resucitado es el signo definitivo que nuestro Dios es todo por la vida y la felicidad del hombre.

La causa de Jesús es luego la vida plena y abundante del hombre en el nombre de Dios: un hombre ayudado y llamado a caminar con la cabeza recta, capaz de vivir con alegría en la ciudad de todos, que se confía a Dios en la esperanza porque sólo en Dios podemos no tener más ningún miedo de la muerte. Sobre todo esta tarea el cristiano mide su existencia. Somos y existimos para continuar sirviendo a la vida, como lo hizo Jesús.

b. El cristiano espera en Dios y ama la tierra

No somos cristianos sólo porque nos empeñamos en una práctica promocional y libertadora y ni siquiera porque contamos la historia de Jesús para la vida de los hombres.

Somos cristianos verdaderamente "Sólo si nos decidimos a adorar a Dios en su totalidad; sólo si buscamos amarlo con audacia en apariencia del todo desproporcionado a nuestras fuerzas; se enmudecen, volvemos frente a su incomprendibilidad y aceptamos tales capitulaciones por el conocimiento y la vida como el evento de la máxima libertad y de la salvación eterna" (K. Rahner).

Reconocemos a Dios radicalmente distinto de todas las otras realidades que forman nuestra tierra. No es uno de los tantos interlocutores nuestros. Y ni siquiera es aquel último recurso que sirve para igualar los presupuestos en situaciones de crisis. Sólo Él es la realidad verdadera. Frente a Él se vuelve irreal todo aquello que consideramos como realidad fuerte y consistente.

Él es el grande "sueño del futuro", misterio incomprensible y siempre presente, que todo sostiene y orienta, mientras todo se relativiza.

Nos da la Palabra. Y nos hunde en el silencio, donde las palabras no sirven más.

Venimos de una raíz que no hemos sembrado; peregrinamos a lo largo de un camino que nos coloca en la incomprensible libertad de Dios; somos una prótesis entre el cielo y la tierra y no tenemos ni siquiera el derecho ni la posibilidad de renunciar a ninguno de los dos datos. No sabemos, ni de modo absolutamente cierto, cómo nuestra libertad está concretamente orientándose en el juego de nuestra existencia.

La existencia del cristiano es por esto un saldo en el abismo infinito de Dios. Su esperanza resulta practicable y sensata sólo mediante aquel fundamento que no podemos comprender ni manipular.

Por esto, el cristiano vive su perdición cotidiana como paso obligado para acercarse al santo misterio de Dios.

Camina hacia la soledad inexorable de la muerte, confesando, con esperanza inquieta, la certeza de poder afrontar este misterio de soledad en el abrazo de Dios.

Cuando se abandona a su Dios, el cristiano no se echa jamás a las espaldas la vida de todos los días. Supera su vida para volverse al misterio que la domina; y la toma continuamente consigo en el movimiento de su esperanza.

Espera en Dios y ama su tierra.

Apasionado de la vida, la quiere plena y abundante para todos.

Está empeñado en primer lugar en la tarea, dura y exaltada, de dar un sentido a los acontecimientos de la vida cotidiana, para hacerla morada, acogedora y habitable, para todos los hombres.

Tiene sin embargo una insaciable nostalgia de casa. Crece dentro, todas las veces que busca anticipar "como en un espejo" aquel encuentro "cara a cara" con Dios, la razón decisiva de su existencia.

La nostalgia del encuentro con Dios lleva a buscar momentos de contemplación gratuita. Obliga a dar un puesto relevante en la vida a los signos que expresan, de modo mas evocativo, esta trastornante presencia.

El cristiano vive en el hoy, todo protegido hacia el otro de la casa del Padre, en nombre de aquella cita con el Reino, único acceso de perfección plena y definitiva, cuando el encuentro con Dios en Jesucristo por el Espíritu, superados los velos de la sacramentalidad, explotará en toda su luminosidad.

4. El coraje de volver a ser propositivo

El educador de la fe, en una situación de complejidad y pluralismo, tiene la responsabilidad de volverse "propositivo". Para esto tiene necesidad de encontrar un índice alto de autoridad educativa. El de hecho dice cosas empeñativas con la pretensión de penetrar en aquel espacio íntimo en el cual una persona decide el sentido de la vida y el fundamento de la esperanza.

El esquema tradicional confiaba la autoridad a la verdad de las cosas proclamadas. Cuando una afirmación era verdadera, podía ser gritada en alta voz. Al Derecho de la verdad correspondía el deber de acogerla. Este hecho está en crisis, hoy, porque en una situación de complejidad cada uno piensa que tiene su pedazo de verdad.

Está en crisis también la segunda fuente tradicional de autoridad.

En un tiempo la autoridad era fundada sobre el papel, sobre el hecho, es decir de tener determinados cargos. Y un papel socialmente reconocido competía a la autoridad de decir determinadas cosas, con consiguientes deberes de acogida por parte del destinatario.

La autoridad va reconquistada, con fatiga y competencia. ¿Sobre cuales raíces?

Oyendo lo vivido por tantos amigos, destaco la figura del educador religioso en la propuesta de volverse persona que "hace propuestas", recontando historias que ayudan a vivir.

La hipótesis lleva de nuevo, en su praxis cotidiana los testimonios de las exigencias más radicales de la vida, el estilo con los cuales han estado construidos los evangelios de la fe de la comunidad apostólica, bajo la inspiración del Espíritu de Jesús.

La palabra del evangelizador es siempre un recuento: una historia de vida, recontada para ayudar a otros a vivir, en la alegría en la esperanza, en la libertad de encontrarse protagonistas.

En su recuento se entrelazan tres historia: aquella narrada, aquella del narrador y aquella de los que escuchan.

Recuenta los textos de su fe eclesial: las páginas de la Escritura, la historia de los grande creyentes, los documentos de la vida de la Iglesia, la conciencia actual de la vida de la comunidad eclesial en torno a los problemas de fondo de la existencia cotidiana. En este primer elemento, propone, con coraje y firmeza, las exigencias objetivas de la vida, comprendida por parte de la verdad dada. Creer en la vida, servirla porque nazca contra cada situación de muerte, no puede ciertamente significar debilitar las exigencias más radicales y menos dejar campo al desvío del estudio sin horizontes y de la pura subjetividad.

Repetir este recuento no significa sin embargo reproducir un cuento siempre con las mismas palabras. Conlleva en cambio la capacidad de explicar la historia recontada dentro de la propia experiencia y la propia fe.

Por esto el evangelizador encuentra en su experiencia y en su pasión las palabras y los contenidos para volver a dar vitalidad y contemporaneidad a su recuento. Su experiencia es parte integrante de la historia que narra: no puede hablar correctamente de la vida

y de su Señor, sin decir todo esto con las palabras, pobres y concretas de su vida.

También esta exigencia reconstruye un fragmento de la verdad de la historia narrada. La sustrae al silencio frío de los principios y la sumerge en la pasión caliente de la salvación.

De parte de la salvación, también los destinatarios son protagonistas del recuento mismo. Su existencia da palabras al recuento: provee la tercera de las tres historias, sobre las cuales se entrelaza la única historia.

En fuerza de su involucramiento personal el evangelizador no hace propuestas resignadas. Quien narra para la vida, quiere una elección de vida. Por esto la indiferencia atormenta siempre al educador religioso. Él anticipa en pequeño las cosas maravillosas las cuales narra, para interpelar más radicalmente y para envolver más intensamente.